

zas, hizo comprender á sus Apóstoles el deber que tenían de repetirlos ellos por toda la tierra. «*Ninguno, les dijo, después de haber encendido una lámpara, la pone debajo del celemín ó la esconde debajo de la cama, sino que la coloca sobre el candelero, á fin de que los que entren en la habitación sean alumbrados y vean la luz.*» Con sola esta tan autorizada y augusta recomendación es bastante para que la palabra de Dios no esté ligada ni encadenada, aunque llegará el caso de que los mismos que tienen misión divina para anunciarla se vean perseguidos y cargados de tormentos en la cárcel. La lámpara se pondrá siempre sobre el candelero y lucirá y derramará abundante resplandor. Finalmente, para avisar á sus oyentes y excitar su espíritu á meditar el misterio de la palabra divina, Jesús decía con frecuencia : «*Que aquellos que tengan orejas para oír, oigan.*»

INCREDELIDAD DE NAZARET, PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES, SEGUNDA TEMPESTAD CALMADA, ANUNCIO DE LA EUCHARISTÍA.

Habiendo ido Jesús á Nazaret, que era su país, entró en la sinagoga un Sábado, y, usando del derecho que competía á todos los hijos de Israel, se puso á enseñar; puesto de pié para leer, tomó en sus manos el libro de Isaías, que era la lectura que, según las reglas de liturgia, correspondía á aquella época

del año, porque Él se propuso no cambiar los usos y costumbres observados ordinariamente, sino cumplirlos y hacerlo todo conforme á las prescripciones de la ley. Abriendo, pues, el libro, leyó el pasaje siguiente : «*El espíritu del Señor ha venido sobre mí, y por eso he recibido su unción para evangelizar á los pobres, para curar á los que tienen su corazón herido, para anunciar la libertad á los cautivos, la luz á los ciegos, y para publicar el año dichoso del Señor y el día de la recompensa.*» Concluida la lectura cerró el libro, se le dió al ministro de la sinagoga y se sentó; y dirigiéndose á todos los que allí estaban presentes y le miraban absortos, les dijo : «*Todas estas cosas leídas en la Escritura se han cumplido hoy mismo, que vosotros las habéis oído.*»

La majestad y efecto de estas palabras fueron tanto más asombrosos cuanto que Jesús no ignoraba las malas disposiciones de sus oyentes hacia Él, y al momento se notaron entre ellos dos tendencias y dos espíritus diferentes. Unos se admiraron y nada contestaron, y otros, que fueron los fariseos, principiaron á manifestar el odio y la envidia que les dominaba.

La levadura de esa envidia, como veneno activo, debía fermentar en Nazaret más fácilmente que en otras partes, porque los nazarenos tenían el dón de milagros y de profecías como una fortuna para todos ellos, y veían con recelo y mala voluntad el que un dón tan señalado y tan grande recayese solamente sobre un hombre que entre ellos no tenía representación ni im-

portancia alguna, y al momento comenzaron á decir : «*¿No es este el hijo del carpintero José é hijo de María? ¿Acaso no conocemos nosotros bien á sus hermanos, y no están entre nosotros sus hermanas? ¿De dónde, pues, le viene á él todo ese honor?*» Mientras esto decían, Jesús veía todo lo que se abrigaba en sus miserables corazones, y quiso prevenir la injuriosa pregunta que pensaban dirigirle, cual era : «*Tú haces milagros, y, por lo tanto, debes probar que tú eres Dios.*» Los mismos que así se expresaban habían visto que Él resucitaba los muertos, y cuando los milagros se presentan evidentes é incontrastables, entonces, para desvirtuarlos y desautorizarlos, les tildan de ilegalidad ó les atribuyen á la influencia y al poder de Satanás.

Jesús les recordó que Elías había sido enviado á la viuda de Sarepta, aunque había otras muchas viudas en Israel, y que Eliseo no curó á los innumerables leprosos que había también en Israel, sino solamente á Naamán, que era sirio; y esa advertencia, tan llena de prudencia y de sabiduría, iba encaminada á ponerlos en disposición de recibir la gracia y á que desechasen su envidia y su incredulidad. Pero sucedió todo lo contrario que lo que deseaba la misericordia del Señor, porque al momento se levantaron furiosos contra Él, le arrojaron de su sinagoga y le obligaron por la fuerza á subir á una montaña, con el pérfido designio de precipitarle desde lo más alto de la misma. Su clemencia infinita los perdonó y los libró de cometer tan inaudito

crimen, porque, pasando por medio de ellos, se fué, valiéndose al efecto, ó bien del milagro de hacerse invisible á sus ojos, ó bien de paralizar sus manos para que no consumasen su criminal intento.

Este fué casi el único milagro que hizo en Nazaret, y es también el que repitió en otros lugares y del que se sirvió para burlar tantas asechanzas como diariamente le tendía la impiedad, y de las cuales se libró haciéndose invisible, paralizando los movimientos de los furiosos, pasando por entre ellos sin que le vieran y escapándose en los mismos momentos que creían poderle perder y precipitar; y para castigar tanta obstinación y odio tan injusto, rehusa el hacer los milagros que ellos le piden, y permite que su incredulidad no les deje ver la luz y que su alma no se aproveche de tan saludable auxilio.

Sin embargo de eso, su bondad y misericordia hacia los de su país no pudo permanecer absolutamente inactiva para su bien, y por eso impuso sus sagradas manos sobre algunos enfermos y quedaron libres de sus enfermedades, cuyo rasgo de generosa grandeza asombró á la misma incredulidad de los nazarenos.

Habiéndose alejado de esos hombres ingratos, volvió á emprender nuevas excursiones, pasando por los caminos que habían andado antes los Patriarcas y Profetas y derramando por doquiera la salud, la esperanza y la vida. Los pueblos corrían y se aglomeraban donde quiera que Él se encontraba, y se com-

padecía de ellos, porque les veía agobiados de males y caídos de una ú otra manera, como un rebaño que no tiene pastor, y además, reunió á sus Apóstoles y les envió de dos en dos, siguiendo diferentes rumbos, para auxiliar á los que no habían



Lámina 53.—Las obras de misericordia.—Cubierta de la pila bautismal de Hildesheim; trabajo en bronce del siglo XIII.

podido venir cerca de Él para ser consolados con su augusta presencia y santa predicación.

Esa primera emisión de los Apóstoles no era todavía más que una pequeña prueba de introducción y de ensayo para

aprender y acostumbrarse á los duros y penosos trabajos del Apostolado. Mas, sin embargo de eso, Jesús concedió á sus Enviados la eterna instrucción que más tarde les daría valor para afrontar todos los peligros, y que, trasmitida á sus sucesores, les haría, como á ellos, victoriosos de las persecuciones y de la muerte. Les mandó que fuesen pobres, prudentes y dulces; que no llevasen consigo, ni dos pares de zapatos, ni dos túnicas, ni dinero; que no hicieran resistencia ni se defendieran, y que sólo llevasen un bastón para el camino; les concedió todo poder para arrojar los demonios y para curar los enfermos, y les recomendó que estuviesen muy prevenidos contra el apego é inclinaciones de la carne y de la sangre, y al efecto les dijo estas palabras: «*Aquel que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí; el que no toma su cruz y no me sigue, no es digno de Mí; el que ama su vida con detrimento de lo que me debe, la perderá; y el que la pierda por Mí, la salvará.*» Esas son las armas y esa la táctica y arte admirable de gobierno que Jesús da á esos esforzados conquistadores del mundo.

En aquel tiempo llegó el nombre de Jesús á oídos del tetrarca Herodes, el cual creyó que el profeta de quien tantas y tan grandes cosas se decían era el mismo Juan Bautista, que había resucitado, y, movido de la novedad de ese suceso, deseó verle, lo cual no consiguió, porque Jesús se ausentó. La enfermedad que padecía ese rey tirano no era de las que el Mesías iba espontáneamente á curar.

A la sazón llegaron los Apóstoles para darle cuenta de todo lo que habían hecho, y el Maestro bondadoso deseaba conducirles á tener algunos días de retiro, para que gozasen en él de descanso y de tranquilidad, puesto que la multitud de gente que rodeaba, así á Jesús como á sus discípulos, era tanta que no les dejaba tiempo ni aun para comer. Con ese fin hizo que entrasen con Él en una barca, y se dirigieron hacia un lugar muy solitario del territorio de Betsaida. Allí, como en todas partes, el gentío se había adelantado, y no pudo ménos de sentir compasión de aquellas gentes, como la tuvo siempre; y habiendo conducido á todos los que allí había sobre una montaña, sentado en medio de sus discípulos, les explicó todo lo concerniente al reino de Dios y curó á los que estaban enfermos.

El día estaba ya muy avanzado, y los doce Apóstoles advirtieron al Señor que era tiempo para despedir aquel gentío, con objeto de que antes que llegara la noche pudiera cada uno volver á sus pueblos y comprar algo con que comer, porque ninguno había traído allí provisiones, y aquel lugar era un desierto, y no podían encontrarse en él. Jesús les contestó que ellos mismos diesen de comer á aquellas gentes, y ellos le preguntaron si habían de ir ya en aquella hora á comprar pan por valor de doscientos denarios de plata. Entonces Jesús, considerando que los discípulos no entendían lo que Él quería y deseaba, dirigió su augusta y dulce mirada sobre la multitud, en que había cerca de cinco mil hombres, sin contar los niños y las mu-

jes, y sabiendo muy bien lo que debía hacer, preguntó á Felipe qué cantidad sería necesaria para comprar el pan suficiente para alimentar tanta gente, á lo que respondió que doscientos denarios de plata no bastarían para que cada uno comiese un pedazo; en vista de lo cual, Jesús se informó de si podría haber por allí algo que comer, y Andrés le manifestó que entre los concurrentes había un joven que tenía cinco panes de cebada y dos peces. Entonces Jesús, aunque manifestó que ese alimento era nada en comparación de la mucha gente que había, sin embargo, mandó que todos se sentasen en filas sobre la hierba, y seguidamente tomó en sus manos los cinco panes y dos peces, y levantando su vista al cielo, los bendijo, los partió y se los dió á sus discípulos, á fin de que les distribuyesen entre los que estaban sentados. Éstos tomaron y comieron todo lo que quisieron hasta saciarse, y con los fragmentos que sobraron hubo para llenar doce canastos. En este pan milagroso está admirablemente prefigurada la Sagrada Eucaristía, con la que, recibida dignamente, se sacian y llenan de gracia todas las almas, y más que pudiera haber en el mundo, sin que jamás se agote la fuente de donde dimanan.

Después de ese prodigioso acontecimiento hubo gran admiración en el pueblo, y principió á decirse por todas partes que Jesús era el profeta que debía venir y que era preciso proclamarle rey. Mas el Señor despidió á todos para evitar así su intento y frustrar su designio, y además para enseñar con su

ejemplo á los sacerdotes que en el ejercicio de su sagrado ministerio jamás deben buscar la gloria popular. En seguida dijo á sus discípulos que se embarcasen y le esperasen al otro lado del lago, y Él se fué de allí á una montaña, donde se puso y permaneció entregado á la oración.

Sucedió mientras tanto que la barca en que iban los discípulos navegaba con viento contrario, y hasta la cuarta vigilia de la noche (que era á las tres de la mañana) no había andado más que una distancia de treinta estadios, lo cual sabido por Jesús, y movido á compasión de verles luchar contra las olas y navegar con tanto trabajo y fatiga, se resolvió á ir cerca de ellos para ayudarles, y al efecto marchaba por su propia virtud sobre las agitadas olas. Los discípulos le percibieron cuando seguía un rumbo como si quisiera pasarse de ellos, y se les figuró que era un fantasma, por lo cual dieron un grito; entonces Jesús les habló y les dijo: «*No temáis, porque soy yo.*»—«*Señor*, exclamó Pedro al oír su voz, *si sois Vos, disponed que yo pase sobre las aguas para ir con Vos.*» Y Jesús le contestó que fuera, por lo cual salió Pedro al momento de la barca y marchó también sobre la superficie del mar. Mas el viento era fuerte, y Pedro principió á tener miedo y al mismo tiempo empezó á hundirse. El que no tuvo miedo á la profundidad del abismo al decidirse á marchar sobre las aguas, se deja vencer del temor por el ruido del viento; y ya estaba ahí prefigurado el hombre que por amor de Jesús le seguiría hasta el pretorio, y, sin embargo, á la voz

de una sirvienta le faltaría valor para confesar á su Maestro y sería débil hasta negarle.

Sin embargo, el Apóstol no afligió el corazón de su Maes-

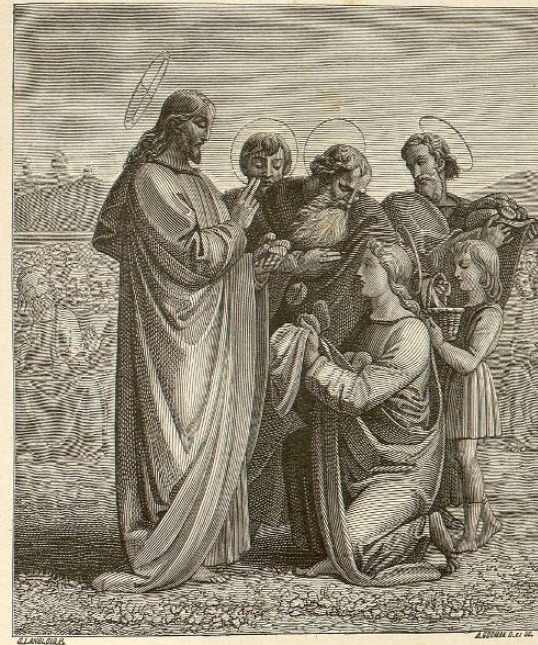


Lámina 54.—Multiplicación de los panes. Los panes se multiplican con la bendición del Señor.—Fresco de M. Langlois, en la iglesia de Nuestra Señora la Rica, en Tours, y data del siglo actual.

tro hasta el punto de olvidarse de su poder y de su bondad, y por eso exclamó: «*Señor, sálvame.*» Y Jesús le tomó de la mano y le dijo: «*Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*» Si su fe hubiera sido viva y firme, ciertamente que el viento no

hubiera podido hacerle daño ni inspirarle temor, y la mar hubiera permanecido como si fuera cuerpo sólido bajo sus piés, porque debe tenerse en cuenta, dice San Jerónimo, que no era Pedro el que por sus propias fuerzas andaba sobre las aguas, sino que era su fe. Tenía, pues, Pedro necesidad de conocer el valor y mérito de la fe, y Jesús le concedió el saberlo para siempre, y se lo enseñó Él mismo tomándole de la mano, como el ave toma sobre sus alas al polluelo, su hijo, para volverle al nido cuando salió de él antes de tiempo y le ve en peligro. Después de este suceso subió Jesús con Pedro á la barca, y al momento cesó el viento, y llegaron al instante á la orilla del lago adonde ellos se dirigían.

Jesús había andado sobre las aguas, había hecho andar también á Pedro, había calmado la tempestad y recorrido en un instante un trayecto para el que hubiera sido preciso emplear muchas horas; y los ojos de los discípulos, que no se habían abierto en presencia de la multiplicación de los panes, dejaron caer su venda con estos nuevos milagros, que en sí mismos eran múltiples, y entonces adoraron á su divino Maestro y le dijeron: *«Verdaderamente que Vos sois el Hijo de Dios.»*

Todo aquel país supo al momento la permanencia de Jesús y su presencia entre sus habitantes, y cualquiera que fuese el lugar por donde pasara, fuese ciudad, villa ó pueblo, le presentaban los enfermos para que los curase, los cuales tenían tanta fe en que podía hacerlo, que, colocados sobre las calles y plazas

públicas, le suplicaban la gracia aunque no fuera más que de permitirles que tocasen los bordes de su vestido, y, haciéndolo así, al momento quedaban curados de sus enfermedades.

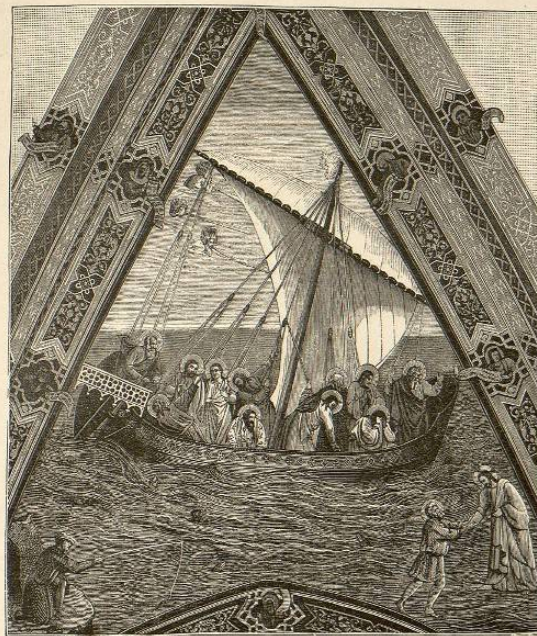


Lámina 55.—Jesús anda sobre las aguas. Pedro grita: «Señor, sálvame.» Jesús le toma de la mano y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» — Fresco de Taddeo Gaddi, en Santa María la Nueva, de Florencia, y data del siglo XIV.

Todos los que habían participado del beneficio de la multiplicación de los panes querían é insistían constantemente en proclamarle rey, y con ese fin le fueron á buscar á las orillas del lago en donde había desembarcado; y el día después del men-

cionado milagro de la multiplicación se reunieron en Cafarnaum, adonde había vuelto ya Jesús. En el fondo de su celo, como lo demostró la ulterior conducta de ellos, no había más que el deseo de pasar una vida ociosa, sin carecer ni estar privados de las cosas necesarias, y no se fijaban ni nada más esperaban del Mesías. Mas era ya tiempo de darles una idea más alta y de hacerles entender qué clase de pan había de traer al mundo el Mesías esperado y ya nacido.

Jesús les dijo que en tanto le buscaban para proclamarle rey en cuanto que les había saciado de pan; pero les advertía que debían trabajar y buscar, no el alimento que concluye y perece, sino el que permanece y dura hasta la vida eterna, y que ese sería precisamente el alimento que les daría el Hijo del Hombre. Ellos le preguntaron qué clase de obras deberían practicar para ser agradables á Dios, y Jesús les respondió : *«La obra de Dios es el que vosotros creáis en Aquel que Él ha enviado.»* Porque la fe produce la humildad, el amor, el buen deseo y todas las demás obras de la vida cristiana.

Mas el espíritu de los fariseos había penetrado y fermentado en ellos, y así se explica el que negasen que estaban obligados á creer en virtud de los milagros de que habían sido testigos ellos mismos; y refiriéndose á la multiplicación de los panes, que desde luégo era para ellos el fundamento de su esperanza, objetaban que Moisés había hecho mucho más que eso, alimentando á sus padres con el maná en el desierto, como estaba es-

crito : *«Él los ha dado un pan del cielo para comer.»* Jesús contestó á eso : *«El pan verdadero de Dios es aquel que viene del cielo y da la vida al mundo.»* Y ellos dijeron : *«Señor, dadnos siempre de aquel pan.»*

Entonces Jesús, explicando la profundidad del misterio, les habló de esta manera : *«Yo soy el pan de vida; el que viene á Mí no tendrá hambre, y el que cree en Mí no tendrá jamás sed. Esta es la voluntad de mi Padre, que me ha enviado (es á saber), que cualquiera que ve al Hijo y cree en Él tenga la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día.»* Á pesar de que estas palabras son claras en su mismo sentido literal, los judíos no las entendieron ni quisieron entenderlas.

Esta vida eterna de la cual les habla Jesucristo, estando, como lo está, exenta de las necesidades y miserias de la vida presente, es evidente, literalmente considerado, que cualquiera que entre en posesión de ella no puede sentir hambre ni sed, sino que será para siempre feliz y enteramente contento y satisfecho. Y aún cuando la vida eterna no deba principiar hasta el momento en que concluya la presente y completarse después de la resurrección, sin embargo, es indudable y ciertísimo que existe desde la vida actual y temporal en aquellos que se alimentan de este pan vivo, el cual, mezclado con la carne, como se efectúa en la Eucaristía, la infunde el germen espiritual de la vida eterna, y la misma muerte no será capaz de destruirla ni de aniquilarla, sino que, por el contrario, se conservará y subsistirá en

sus áridos huesos, y ni un solo átomo ó molécula se perderá, y en ese estado descansará y permanecerá hasta el día en que Dios la mande que salga de su sombra, y al punto esta carne vivirá, ó, mejor dicho, renacerá y reflorece­rá hermo­seada, glorificada y enaltecida, llena de gloria, revestida de inmortalidad y enteramente despojada y exenta de las inclinaciones y concupis­cencias que fueron la causa de su corrupción. Nada de impuro habrá en ella, ni nada que pueda ya ser tocado con la guadaña de la muerte, porque el Hijo de Dios, con su contacto, habrá ya destruido y consumido el principio y germen de la mortali­dad, y en ese punto se verifica que lo que la fe del hombre ha creído y deseado ha sido querido y cumplido por el amor de Dios hacia el mismo hombre.

Los judíos, en vez de esperar con humildad la explicación de lo que ellos no comprendían, se pusieron á murmurar, como los nazarenos, de los cuales había muchos entre ellos. *«¿No es aquél Jesús, el hijo de José? Entonces ¿cómo nos dice Él que ha bajado del cielo?»* Á estas preguntas que los judíos hacían, les respondió Jesús reprendiéndoles con severidad y orde­nándoles que no murmurasen; y después de haber dicho algu­nas palabras llenas de soberana dignidad y grandeza, cuya significación é interpretación quedan reservadas á la autoridad apostólica de San Pablo y de la Iglesia, con el fin de que más tarde fuese declarado el misterio de la gracia, continuó Jesús su discurso, en el que, poniendo el peso y vínculo de la autoridad

dívina sobre su razón rebelde y altiva, les enseñó que el pan misterioso que les anunciaba era Él mismo, era su misma carne, y se lo declaró en estos términos : «En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres han comido el maná en el desierto y han muerto. Este es el pan que ha bajado del cielo, á fin de que, si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo enviado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo le daré es mi propia carne.»

Al oír estas palabras se aumentaron las murmuraciones, diciendo : «¿Cómo es posible que este hombre pueda darnos á comer su misma carne?» Y Jesús, usando del derecho que le pertenecía por razón de su divinidad, dió una nueva afirmación del modo siguiente: «En verdad, en verdad os digo; si vosotros no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre habita en Mí y Yo habito en él. Como mi Padre, que está vivo, me ha enviado, y Yo vivo por el Padre, de la misma manera aquel que me come vivirá también por Mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No es como el de vuestros padres, que comieron el maná en el desierto y murieron; aquel que come de este pan vivirá eternamente.»

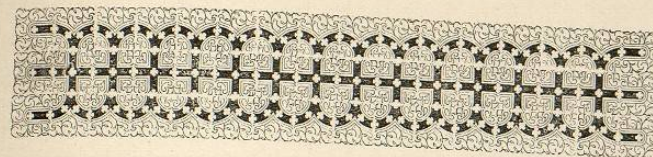
El hombre, dice Bossuet, razona casi siempre de una manera contraria á la bondad de Dios, y, por lo tanto, en contra de él mismo. Estos judíos creyeron que Jesús les hablaba de la carne de un hombre semejante á los demás hombres, de la carne del hijo de José; que ésta sería una carne semejante á la que usan los hombres, para nutrir sus cuerpos, y, en fin, que sería una carne que se consumiría comiéndola, y á esos tres errores Jesucristo opuso tres afirmaciones, tres respuestas. «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo.*» Luego la carne que Él promete no es la carne del hijo de José, sino que es la carne del Hijo de Dios, concebida por obra y gracia del Espíritu Santo y formada de la sangre de una virgen. La segunda respuesta fué: «*La voluntad de mi Padre es que no se pierda ninguno de los que Él me ha dado, y que Yo les resucite el último día. El que come de este pan, de mi carne, que yo daré por la vida del mundo, vivirá eternamente.*» Se deduce de esas palabras que la vida que había de sostener y alimentar la carne de Jesús no era esta vida mortal y común, sino la vida eterna, así del alma como del cuerpo, á la cual pasaremos y en la cual seremos semejantes á los *ángeles de Dios*. Y la tercera, en fin, se contiene en esta afirmación: «*Vosotros veréis al Hijo del Hombre subir al cielo, de donde Él ha bajado.*» Lo que denota que, aunque su carne sirva para nuestro alimento, sin embargo, no se consume ni concluye, sino que permanece siempre la misma, siempre viva, y con ella había de subir el Hijo de Dios á sentarse á la

diestra de su eterno Padre, para continuar ofreciéndose por nuestra salud.

San Juan, que es quien refiere estas verdades sobrenaturales, añade: «*Esto es lo que dijo Jesús, enseñando en la Sinagoga, en Cafarnaum.*» Y convenía que se anunciasen y predicasen ya desde entonces, para ir así preparando y disponiendo suavemente los Apóstoles á la institución de la última Cena; y era conveniente que se predicasen públicamente en la Sinagoga, á fin de que, cuando después los Apóstoles, que habían de ser solos los testigos de tan augusto misterio en el Cenáculo, le propusieran y anunciaran á las gentes, pudiesen invocar en favor de él, no sólo su autoridad y su misión apostólica, sino también la autoridad de la palabra pública y oficial de Jesucristo; y con lo que queda dicho se ve cada vez con más evidencia que, en todo y para todo, la sabiduría y misericordia de Jesús se ponen de acuerdo para ayudar nuestra incredulidad.

Sin embargo, la mayor parte de los hombres, que fácilmente podían creer después de tantos milagros como han visto, no han hecho aprecio de la fe, y han preferido habitar envueltos en las tinieblas del error; y hasta entre los mismos discípulos del Señor figuraron algunos en el número de los incrédulos. Ese ingrato proceder y esa lastimosa obcecación no causaron sorpresa á Jesús, pues desde toda la eternidad como Dios, y desde su concepción como hombre, sabía muy bien quiénes eran aquellos que no habían de creer y quién el que le había de vender

y entregar; y á eso se refería cuando dijo á los doce Apóstoles : «*¿No queréis vosotros iros también?*» Entonces fué cuando Pedro, en nombre de todos y no abrigando duda alguna de que todos serían como él, respondió, lleno de fe y de respeto: «*Señor, ¿á quién hemos de ir? Vos tenéis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y reconocido que Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios.*» En vista de esta confesión, que extendía la fidelidad á todos los Apóstoles, dijo Jesús : «*¿No soy Yo el que os ha escogido á los doce? Y, sin embargo, hay uno entre vosotros que es un demonio.*» ¡Oh! ¡Cuán cierto es que el sacratísimo corazón de Jesús echaba ya sangre aún antes de ser herido!



IV

EDUCACIÓN DE LOS APÓSTOLES

Falsa Purificación, la Cananea, el Sordo-Mudo.—Segunda Multiplicación de los panes.—El Ciego de Betsaida, Confesión de Pedro, el Tabor.—El Niño librado del Demonio, la Dracma, el Precepto del Perdón.—La Predicación en el Templo, la Mujer adúltera.—El Ciego de nacimiento.

FALSA PURIFICACIÓN, LA CANANEA Y EL SORDO-MUDO



Inicial de un *Flavio Josefo* del siglo XII.
Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

ASI pudiera decirse que el Evangelio es la historia de la educación y formación de San Pedro y de los Apóstoles, porque, siendo Jesús el adorador y el sacerdote, su misión tuvo por uno de los principales fines el formar hombres que fueran perfectos adoradores y perfectos sacerdotes; y sobre este punto se vió siempre á Jesús poner un cuidado constante y directo, fundando sus instrucciones y enseñanza sobre los milagros y explicando bajo la forma de parábolas la doctrina y controversias que sostenía con los fariseos, escribas y doctores de la Ley.